

Henri Pirene

Mahoma y Carlomagno

Traducción de Esther Benítez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Mahomet et Charlemagne*
Traducción de Esther Benítez

Primera edición: 1978

Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Jean Hey: *Carlomagno y el encuentro en la Puerta de Oro* (detalle). National Gallery, Londres.

© Album / Universal Images Group / Universal History Archive / UIG

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1970 Presses Universitaires de France

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-545-7

Depósito legal: M. 9.733-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio de Jacques Pirenne
15 Advertencia de F. Vercauteren
- Primera parte. Europa occidental antes del Islam
- 19 1. Continuación de la civilización mediterránea en Occidente después de las invasiones germánicas
- 19 La «Romanía» antes de los germanos
23 Las invasiones
39 Los germanos en la «Romanía»
55 Los Estados germánicos en Occidente
75 Justiniano (527-565)
- 91 2. La situación económica y social tras las invasiones y la navegación mediterránea
- 91 Las personas y las tierras
97 La navegación oriental. Sirios y judíos
119 El comercio interior
133 La moneda y la circulación monetaria
- 147 3. La vida intelectual después de las invasiones
- 147 La tradición antigua
154 La Iglesia
161 El arte
170 Carácter laico de la sociedad
175 Conclusión

	Segunda parte. El Islam y los carolingios
183	4. La expansión del Islam por el Mediterráneo
183	La invasión del Islam
205	El cierre del Mediterráneo occidental
218	Venecia y Bizancio
233	5. El golpe de Estado carolingio y el cambio de orientación del papa
233	La decadencia merovingia
254	Los mayordomos de palacio carolingios
264	Italia, el papa y Bizancio. El cambio de orientación del papado
283	El nuevo Imperio
297	6. Los comienzos de la Edad Media
297	La organización económica y social
335	La organización política
347	La civilización intelectual
358	Conclusión
361	Mapas

Prefacio

Cuando mi padre cayó enfermo, el 28 de mayo de 1935 –el día de la muerte de su hijo mayor, Henri-Édouard–, dejaba sobre su mesa las trescientas páginas del manuscrito que acababa de rematar, el 4 de mayo, de *Mahomet et Charlemagne*.

Era la coronación de sus últimos años de trabajo.

Siempre le había preocupado el problema del final de la Antigüedad y los comienzos de la Edad Media. Ya antes de la guerra ponía de relieve, en su curso de Historia medieval, los profundos rastros que habían dejado las instituciones del Bajo Imperio romano en las de la época franca. Pero al parecer la solución de ese problema capital se le presentó durante su cautiverio en Alemania, cuando, prisionero en el campo de Holzminden, organizó para los numerosos estudiantes rusos que compartían su suerte un curso de Historia económica de Europa. Y durante el confinamiento en el pueblo de Creuzburg, en

Turingia, al redactar su *Histoire de l'Europe* (Historia de Europa), señala por vez primera la estrecha relación existente entre las conquistas del Islam y la formación de la Edad Media occidental.

La *Histoire de l'Europe*, inacabada, sólo se publicó después de su muerte¹. Nadie conoció en su momento la tesis cuyo desarrollo aporta el presente volumen.

Sin embargo, mi padre jamás dejaría de escrutar ese problema, que fue la gran pasión científica de los últimos veinte años de su vida, acudiendo al estudio directo de las fuentes.

En 1922 publicaba en la *Revue belge de philologie et d'histoire* un breve artículo titulado «Mahomet et Charlemagne», donde se afirmaba su tesis. La expuso a continuación en los Congresos internacionales de Historia de Bruselas, en 1923, y de Oslo, en 1928; fue el tema de un curso público enseñado en la Universidad de Bruselas en 1931-1932, y de conferencias pronunciadas en las Universidades de Lille (1921), New York Columbia College (1922), Cambridge (1924), Montpellier (1929), Argel (1931), El Cairo (1934), así como en el Instituto histórico belga de Roma (1933).

Además, preparaba su obra a través de una serie de trabajos de detalle: «Un contraste économique: Mérovingiens et Carolingiens» (Un contraste económico: merovingios y carolingios) (*Revue belge de philologie et d'histoire*, II, 1923), «Le commerce du papyrus dans la Gaule mérovingienne» (El comercio del papiro en la Gallia merovingia) (*Comptes rendus de l'Académie des Ins-*

1. Nouvelle Société d'Édition, Bruselas, 1936.

criptions et Belles-Lettres, París, 1928), «L'instruction des marchands au Moyen Âge» (La instrucción de los mercaderes en la Edad Media) (*Annales d'histoire économique et sociale*, I, 1929), «Le trésor des rois mérovingiens» (El tesoro de los reyes merovingios) (*Festschrift til Halvdan Kaht*, Oslo, 1933), «De l'état de l'instruction des laïques à l'époque mérovingienne» (Sobre la situación de la instrucción de los laicos en la época merovingia) (*Revue bénédictine*, 1934). Y en los primeros capítulos de sus *Villes du Moyen Âge* (Ciudades de la Edad Media) (1927) hacía una exposición de su teoría, explicando mediante ella la evolución económica y social de los siglos que siguieron a la caída de Roma.

El volumen, cuya redacción finalizó mi padre el 4 de mayo de 1935, es, pues, el resultado de numerosos años de investigación. Pero aunque contiene todo el pensamiento de su autor, no hubiera sido, empero, entregado al público tal como lo publicamos hoy.

Mi padre tenía la costumbre de escribir dos veces todos sus libros. En la primera redacción, construía la obra sin la menor preocupación por la forma; hacía, en cierto sentido, las paredes maestras. Una segunda redacción, que no consistía en una simple corrección de la primera versión, sino en un texto realmente nuevo, imprimía a la obra la forma objetiva y voluntariamente reservada tras la cual le gustaba ocultar su propia personalidad y los sentimientos, que, en él, ocupaban un importante lugar.

Este primer bosquejo estaba escrito para sí mismo; urgido por las ideas que le interesaba exponer, solía ocurrirle que no construía enteramente su frase, que adoptaba así el aspecto de una especie de esquema, o bien la

terminaba con un informe rasgo de la pluma que entenderán cuantos le hayan oído sacrificar a veces, al hablar, el final de las frases, impaciente por proseguir con una idea que se anticipaba a su palabra.

Las referencias estaban indicadas sumariamente; a veces incluso mi padre se contentaba con remitir a una de sus fichas.

Ha sido preciso, pues, para presentar la obra al público, aportar ciertos retoques, los menos posibles, a la forma, completar las referencias, cotejar los textos citados.

Siempre que la redacción era completa, la he respetado escrupulosamente. Sólo me he permitido retocarla cuando se presentaba con un aspecto incompleto, y, en tal caso, me he limitado, utilizando las notas de mi padre, a agregar las palabras indispensables para la comprensión.

El trabajo de establecer las referencias era más delicado. Mi madre y yo apelamos, para llevarlo a buen puerto, a uno de los discípulos más apreciados de mi padre, el señor F. Vercauteren, miembro del Fondo Nacional de la Investigación Científica y profesor de la Universidad colonial de Amberes. Los estudios a los cuales se ha consagrado han hecho de él uno de los expertos más eruditos en las fuentes y la literatura científica referente a la Alta Edad Media. Accedió solícito a nuestra demanda y consagró varios meses a cotejar todos los textos citados en el volumen, a comprobar y completar las referencias. Le expresamos aquí el testimonio de nuestro emocionado y cariñoso agradecimiento.

Tal como se presenta en el primer esbozo, la última obra escrita por mi padre encierra sus pensamientos más

vivos, más atrevidos, más jóvenes, los que bullían en su cerebro en vísperas de su muerte. Con toda confianza los entregamos al público, dedicándoselos a todos aquellos que lo han querido y que, desde que ya no está entre nosotros, han tributado un unánime y magnífico homenaje no sólo a la obra, que remata la publicación de este trabajo, sino también al hombre, que sentirán sin duda revivir por entero en estas páginas, las últimas que escribió.

Jacques Pirenne

Advertencia

En el mes de enero de 1937, la señora de Pirenne y su hijo Jacques me rogaron que examinase el manuscrito de la obra póstuma de mi llorado maestro y que la revisara, con vistas a su publicación.

El texto ante el cual me encontré constituía una redacción integral, pero en esbozo. Además había sido retocado ligeramente, sólo desde el punto de vista de la forma, por Jacques Pirenne.

Importaba, ante todo, respetar fielmente el pensamiento de Henri Pirenne. Me prohibí, pues, cualquier cambio, cualquier supresión o adición capaz de modificar la tesis expuesta por el eminente historiador, aunque esta me pareciera, en algunos lugares, objeto de discusión. Se encontrará aquí, por tanto, una obra estrictamente personal de Henri Pirenne.

He tenido, empero, que comprobar la exactitud material de cierto número de hechos, fechas y citas de *Mabo-*

met et Charlemagne. Las notas y las remisiones bibliográficas, indispensables en un trabajo de esta naturaleza, sólo existían con frecuencia en estado embrionario; he creído oportuno redactarlas y desarrollarlas de acuerdo con las exigencias de la erudición contemporánea. E incluso en determinados casos he considerado que debía apoyar, añadiendo uno o varios textos, el punto de vista expuesto por mi eminente maestro.

Durante más de doce años tuve el insigne privilegio de trabajar bajo la dirección y con el apoyo de Henri Pirenne; creo poder afirmar que yo estaba al tanto de las ideas y teorías que profesaba sobre la materia expuesta en la presente obra y que había sido objeto, por su parte, de diferentes trabajos preparatorios.

El destino no le permitió por desgracia ofrecer al público un libro *ad unguem*; por supuesto, no he tenido, de ninguna manera, la loca ambición de realizar ese pulido del que sólo él hubiera sido capaz, y al cual hubiera aportado tanto cuidado objetivo y conciencia erudita cuanto ardor y entusiasmo había puesto al escribir la obra.

No olvido sobre todo que si se ha consentido en ver en mí algún título para proceder a este trabajo, se lo debo ante todo a Henri Pirenne, a su enseñanza y a su ejemplo. He creído que constituía para mí un piadoso deber permitir que el pensamiento del maestro nos aportara, incluso desde la tumba, el consuelo de su profunda ciencia, de su visión sintética y de su inmenso talento.

F. Vercauteren

Primera parte

Europa occidental antes del Islam

1. Continuación de la civilización mediterránea en Occidente después de las invasiones germánicas

La «Romanía» antes de los germanos

De todos los caracteres de esa admirable construcción humana que fue el Imperio romano¹, el más sorprendente y también el más esencial es su carácter mediterráneo. Gracias a él, aunque griego en Oriente, latino en Occidente, su unidad se comunica al conjunto de las provincias. El mar, con toda la fuerza del término *Mare nostrum*, transmite ideas, religiones, mercancías². Las provincias del nor-

1. Es en el siglo IV cuando aparece la palabra *Romania* para designar a todos los países conquistados por Roma. Eug. Albertini, *L'Empire romain*, en la colección «Peuples et civilisations», publicada bajo la dirección de L. Halphen y Ph. Sagnac, t. IV, París, 1929, p. 388. Cfr. la recensión de A. Grenier, de Holland Rose, *The Mediterranean in the ancient world*, 2.^a ed., 1934, *Revue historique*, t. 173, 1934, p. 194.

2. Fue el mar, sin duda, lo que impidió que la diarquía después de Teodosio engendrara dos imperios.

te, Bélgica, Bretaña, Germania, Recia, Nórica, Panonia, no son sino fortificaciones avanzadas contra la barbarie. La vida se concentra a orillas del gran lago. Éste es indispensable para el aprovisionamiento de Roma en trigos de África. Y es tanto más benéfico cuanto que la navegación por él resulta absolutamente segura, gracias a la desaparición secular de la piratería. Hacia él converge también, por las calzadas, el movimiento de todas las provincias. A medida que nos alejamos del mar, la civilización se enrarece progresivamente. La última gran ciudad del norte es Lyon. Tréveris sólo debió su grandeza a su rango de capital momentánea. Todas las demás ciudades importantes, Cartago, Alejandría, Nápoles, Antioquía, están a orillas del mar o muy cerca de él.

Este carácter mediterráneo se afirma aún más a partir del siglo IV, pues Constantinopla, la nueva capital, es ante todo una ciudad marítima. Se opone a Roma, que es una mera consumidora, por su naturaleza de gran puerto franco, de fábrica, de gran base naval. Y su hegemonía es tanto mayor cuanto que Oriente es más activo: Siria es el punto de llegada de las vías que comunican el Imperio con la India y China; y se relaciona con el norte por el mar Negro.

Occidente depende de ella para los objetos de lujo y las manufacturas.

El Imperio no conoce ni Asia, ni África, ni Europa. Aunque hay civilizaciones diversas, el fondo es el mismo en todas partes. Las mismas costumbres, los mismos hábitos, las mismas religiones en estas costas que, antaño, han conocido civilizaciones tan diferentes como la egipcia, la siria, la púnica.

Donde se concentra la navegación es en Oriente³. Los sirios, o los así llamados, son los viajeros de los mares. Gracias a ellos el papiro, las especias, el marfil, los vinos de lujo se difunden hasta Bretaña. Las telas preciosas llegan de Egipto, igual que las hierbas para ascetas⁴. Por doquier hay colonias de sirios. Marsella es un puerto semigriego.

Al mismo tiempo que estos sirios, se encuentran judíos, dispersos, o mejor dicho agrupados, en todas las ciudades. Son marinos, corredores y banqueros cuya influencia ha sido tan esencial para la vida económica del tiempo como la influencia oriental que se descubre por esa misma época en el arte y las ideas religiosas. El ascetismo ha llegado de Oriente a Occidente por el mar, al igual que, antes de él, el culto de Mitra y el cristianismo.

Sin Ostia, Roma es incomprendible. Y si, por otra parte, Rávena se ha convertido en residencia de los emperadores *in partibus occidentis*, es a causa de la atracción de Constantinopla.

Gracias al Mediterráneo, el Imperio constituye, pues, del modo más evidente, una unidad económica. Es un gran territorio con peajes, pero sin aduanas. Y se benefi-

3. Esta supremacía de Oriente, desde el siglo III (aunque ya antes), es puesta de relieve por Bratianu en su artículo «La distribución del oro y las razones económicas de la división del Imperio romano», *Istros, Revue roumaine d'archéologie et d'histoire ancienne*, t. I, 1934, fasc. 2. Ve en ella el punto de partida de la separación entre Oriente y Occidente, que el Islam rematará. Cfr. también el estudio de Paulova sobre «El Islam y la civilización mediterránea», en los *Vestník české Akademie (Memorias de la Academia checa)*, Praga, 1934.

4. P. Perdrizet, «Société et Landévennec», en *Mélanges N. Jorga*, París, 1933, p. 745.

cia de la inmensa ventaja de la unidad monetaria, el sueldo de oro constantiniano, pieza de 4,55 gramos de oro fino, de curso en todas partes⁵.

Es sabido que, a partir de Diocleciano, hubo una decadencia económica general. Pero parece seguro que el siglo IV conoció un resurgimiento y una circulación monetaria muy activa.

Para conseguir la seguridad en este Imperio rodeado por bárbaros, ha bastado, durante mucho tiempo, la presencia de las legiones en las fronteras: a lo largo del Sáhara, junto al Éufrates, el Danubio, el Rin. Pero el agua se acumula detrás de la presa. En el siglo III, con ayuda de los disturbios civiles, se producen fisuras, y después brechas. Por todas partes hay una irrupción de francos, alamanes, godos que saquean la Galia, la Recia, la Pannonia, la Tracia, y llegan incluso a España.

El escobazo de los emperadores ilirios rechaza todo eso y restablece la frontera. Pero por el lado de los germanos no basta ya el *limes*, es preciso ahora una resistencia a fondo. Se fortifican las ciudades del interior, esas ciudades que son los centros nerviosos del Imperio. Roma y Constantinopla se convierten en plazas fuertes modelos.

Ya no puede pensarse sólo en contener a los bárbaros. La población disminuye, el soldado se convierte en mercenario. Se necesitan bárbaros para el trabajo de los campos y para la tropa. Éstos no piden nada mejor que ser reclutados al servicio de Roma. Así, el Imperio, en las fronteras, se germaniza por la sangre, pero no por lo de-

5. Albertini, *op. cit.*, p. 365.

más, pues todo lo que penetra allí se romaniza⁶. Todos estos germanos que entran es para servir al Imperio disfrutando de él. Sienten por él el respeto de los bárbaros por lo civilizado. Apenas llegan, adoptan su lengua y también su religión, es decir, el cristianismo, a partir del siglo IV; y al cristianizarse, al perder sus dioses nacionales, al frecuentar las mismas iglesias, se confunden poco a poco con la población del Imperio.

Pronto todo el ejército estará compuesto por bárbaros, y muchos de ellos, como el vándalo Estilicón, el godo Gaínas o el suevo Ricimero, harán carrera en él⁷.

Las invasiones

Durante el siglo V, como es sabido, el Imperio romano pierde sus zonas occidentales en beneficio de los bárbaros germánicos.

No era la primera vez que se había visto atacado por ellos. La amenaza era antigua, y para contenerla se había establecido la frontera militar Rin-*limes*-Danubio. Había bastado para defender el Imperio hasta el siglo III; pero desde la primera gran oleada de bárbaros, había sido preciso renunciar a la gran confianza de antaño, adoptar

6. Sin embargo, en el 370 o el 375 (?), una ley de Valentiniano y Valente prohíbe los matrimonios entre *provinciales* y *gentiles*, bajo pena de muerte (*Código Teod.*, III, 14, 1). Cfr. F. Lot, *Les invasions germaniques*, París, 1935 (Bibl. hist.), p. 168.

7. Albertini, *op. cit.*, p. 412; F. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Âge*, t. I, pp. 79-90, en la «Histoire générale», publicada bajo la dirección de G. Glotz. Ya bajo Teodosio, Arbogasto es *magister militum*. Cfr. Lot, *ibidem*, p. 22.

una actitud defensiva, reforzar el ejército debilitando las unidades para conseguir mayor movilidad y constituirlo finalmente casi por entero con mercenarios bárbaros⁸.

Gracias a esto, el Imperio siguió defendiéndose durante dos siglos.

¿Por qué cedió al final?

Tenía a su favor sus fortalezas, contra las cuales los bárbaros eran impotentes, sus calzadas estratégicas, la tradición de un arte militar varias veces secular, una consumada diplomacia que sabía dividir y comprar a los enemigos –éste fue uno de los aspectos esenciales de la resistencia– y la incapacidad de los agresores para entenderse entre sí. Tenía sobre todo a su favor el mar, al cual veremos el partido que supo sacarle hasta el establecimiento de los vándalos en Cartago.

Sé perfectamente que la diferencia de armamento entre el Imperio y los bárbaros no era lo que sería hoy, pero de todos modos la superioridad romana resultaba notoria contra gente sin intendencia, sin disciplina aprendida. Los bárbaros tenían, sin duda, la superioridad numérica, pero no sabían aprovisionarse: ¡recuérdense los visigodos muertos de hambre en Aquitania tras haber vivido del país, y Alarico en Italia!

Pero el Imperio tenía en contra –amén de la obligación de mantener ejércitos en sus fronteras de África y Asia cuando debía afrontar la amenaza en Europa– los disturbios civiles, los numerosos usurpadores que no vacilaban en entenderse con los bárbaros, las intrigas cortesanas que a un Estilicón oponían un Rufino, la pasividad de las po-

8. Albertini, *op. cit.*, p. 332.

blaciones incapaces de resistencia, sin espíritu cívico, que despreciaban a los bárbaros pero estaban dispuestas a soportar su yugo. No existía, pues, la ayuda, para la defensa, de la resistencia moral, ni entre las tropas ni en retaguardia. Felizmente, tampoco existían fuerzas morales en el lado del ataque. Nada animaba a los germanos contra el Imperio, ni motivos religiosos, ni odio racial, ni menos aún consideraciones políticas. En lugar de odiarlo, lo admiraban. Todo lo que querían era establecerse allí y disfrutar de él. Y sus reyes aspiraban a las dignidades romanas. Nada similar al contraste que presentarían más adelante musulmanes y cristianos. Su paganismo no los excitaba contra los dioses romanos y no debía de excitarlos mucho más contra el Dios único. Ya a mediados del siglo IV un godo, Ulfilas, convertido en Bizancio al arrianismo, lo había llevado entre sus compatriotas del Dniéper, que a su vez lo introdujeron entre otros germanos, vándalos y burgundios⁹. Herejes sin saberlo, su cristianismo les acercaba, sin embargo, a los romanos.

Estos germanos orientales no carecían, por otra parte, de cierta iniciación a la civilización. Los godos, al bajar a orillas del mar Negro, habían entrado en contacto con la antigua cultura greco-oriental de los griegos y los sármatas de Crimea; allí aprendieron ese arte ornamental, esa orfebrería tornasolada que iban a difundir por Europa con el nombre de *Ars barbarica*.

El mar los había puesto en relaciones con el Bósforo, donde acababa de fundarse, en el 330, Constantinopla, la

9. L. Halphen, *Les Barbares*, en «Peuples et civilisations», t. V, 1926, p. 74.